gencia. En cuanto al heredero de White-Manor, Fergus, propiamente hablando, no esperimentaba ódio hácia él, así como tampoco aborrecia al seductor de Betsy.

No parecia sino que su facultad de odiar estaba completamente absorbida en otra parte, y no podia por lo tanto verse afectada por esas aversiones particulares de hombre a hombre, que callaban cuando resonaba el grito implacable y poderoso lanzado contra la misma Inglaterra.

Despues de una travesía de cinco meses, en cuyo tiempo no se habia detenido mas que una vez sobre la costa del Brasil, llegó el bay-ship a la vista de Sidney. Desde entonces formaron Fergus y Randal un proyecto de evasion, cuya ejecucion fijada para mas adelante, debia dar importantísimos resultados.

Despues de haber anunciado el cañon de Sidney la entrada en la bahía del *Van-Diemen*, y de haber desplegado la bandera en la punta de South-Head, dirigióse al peniche del piloto real al navío y le condujo hasta el medio del puerto. Allí se hicieron varias formalidades, las cuales terminadas, pasaron el capitan y el cirujano al barco del gefe del puerto, quien les llevó al palacio del gobierno.

Apénas se pusieron en marcha, saltaron cien barcas del puerto a fuerza de remos y cercaron al *Van-Diemen* con estraordinaria prontitud.

En aquellas barcas, placenteramente empavesadas, se cantaba y gritaba. Era un inmenso clamor de bien venida.

Veíase en ellas a hombres, mugeros y niños; todos gruesos, frescos, disfrutando de completa salud. Una afable sonrisa embellecia uniformemente todas las fisonomías. Aquella poblacion respiraba la plenitud del bienestar material.

En tiempo del paganismo habia tambien, a lo que dicen los poetas, un pequeño rincon del globo, donde no se conocia el infortunio. Aquel lugar afortunado tenia por nombre Arcadia. Estaba habitado por pastores cándidos, y pastoras con cútis de rosa, tan inocentes unos y otras como sus ovejas.

La infancia era allí santa; la edad viril perezosa, pero irreprensible, vejez adornada con barbas blancas, se coronaba filosóficamente con pámpanos, y bebia agraz en copas de piedras cual conviene a pastores de una edad avanzada, que tuvieron gran temor a Baco. Todo, en una palabra, tenia en aquella muelle y bien aventurada Arcadia algo de los tiempos mitológicos; allí se aspiraba un infantil perfume de inocencia y de sencillez. Forzoso nos es creer que los bloosno estaban entonces armados de dientes.

Aquella Arcadia murió con el tiempo, envenenada con su propio desabrimiento. Las flautas con tres agujeros, las varitas engalanadas, las pastoras lozanas, los cayados llenos de flores, todo bajó a la tumba.

Nosotros, que somos cristianos; mas aún, cristianos reformados, hemos resucitado la Arcadia, con la diferencia de que, habiendo cambiado las costumbres, nuestros pastores comen enormes rebanadas de carne, en lugar de chupar el graz líquido del coco; y en vez de beber leche se embriagan con el rack.

Nuestra Arcadia, y esto lo juramos públicamente, no morirà nunca de desabrimiento. Nuestros pastores y pastoras poseen un perfume mas que suficiente de perversidad. Aquella inocencia, cándida hasta la mas hermosa puerilidad, no ecsiste hoy; en su lugar se ve el crímen obeso, próspero, reposándose y engordándose en la

abundancia: se vé a Newgate trasformado súbitamente en paraiso terrestre.

Llenóse el objeto, así lo creemos. Los malos instintos se callan en aquella falta completa de necesidades. Aquel que roba para comer, no roba allí ni asesina.

Pero ¿no es estraño y vergonzoso, que si la sociedad que es fuerte, usa algunas veces de clemencia hácia el crímen, sea una razon para que descienda hasta la debilidad? ¿No autoriza a creer, obrando así, que capitula con quien la ataca, al paso que su oido es siempre sordo para oir al desvalido cuya única arma es la súplica? ¡Cómo! vosotros a quienes la miseria cerca y persigue por todas partes; vosotros cuyos palacios se elevan del seno del cieno; vosotros, decimos, poseeis en paises lejanos un lugar de refugio tan vasto como opulento; una Chanaan cuya superficie cubriria diez veces la Inglaterra; un paraiso donde toda esa turba agonizante cuyos acentos inquietan vuestro sueño, hallaria fácilmente la fuerza y la vida, y no firmais sin embargo un solo pasaporte para esa tierra prometida sin que a ello os fuercen con la pistola ó el puñal en el pecho. Rechazais a los que imploran, cedeis a los que amenazan. So pretesto de castigar, recompensais. Mas aún; es menester para merecer vuestros dones, presentar un certificado de nuestros tribunales que pruebe el asesinato y el pillage. ¡Ah! eso sí que es egoismo, y egoismo estúpido mas bien que infame; egoismo que pasa por la cobardía para llegar a la demencia.

¿Qué sucede? No hablarémos de la miseria espantosa que os sitia y que tratais a imitacion de los salvages de la Lusiana, que curan a sus enfermos a latigazos; de esa miseria invasora que sube sin cesar para ahogaros un dia;

tocarémos solo el punto de nuestros criminales. ¿Qué sucede? Los condenados pueden dividirse en dos clases: unos hacen mal por necesidad, otros por gusto. El crímen tiene tambien pontífices; y la vocacion, esa estravagante consejera, arrastra a esa parte como a las demas. En cuanto a los primeros, vuestra accion es entera. Dándoles de comer, es natural que os olviden, y miéntras que la racion sea buena, os dejarán en paz. Consiguieron lo que deseaban. Os piden la bolsa, ó la vida; les dais la bolsa, os dejan la vida.

¿Pero los otros, los fanáticos del mal, esos corazones perversos por naturaleza, que no están contentos sino cuando hacen tramas diabólicas y que matan por matar, como el usurero atesora por atesorar, creeis reducirlos? ¿No sabeis que deportados una vez, vuelven? ¿Por dónde? ¿Qué importa? lo cierto es que vuelven. Caigan de las nubes, salgan de debajo de la tierra, vuelven casi todos mas fuertes, mas atrevidos, mas prudentes, mas diestros en el crímen. Botany-Bay es una universidad como Oxford, y es necesario que los bachilleres de la una sean mas camastrones que los doctores de la otra. Vuelven, y vuelven hechos verdaderos demonios que ninguna barrera detiene, que ninguna fuerza puede coger, aumentando desde su llegada ese tenebroso senado de malhechores de Londres, que daria hoy, así por el rigor del ingenio, como por la esactitud y penetracion de la mirada, cincuenta puntos por ciento a vuestro cuerpo de pares.

De lo que resulta que despues de comprar la paz, de hacer la capitulacion y pagar el *black-mail*, no se ha desarmado mas que a los enemigos ménos peligrosos.

La llegada del bay-ship es siempre un motivo de regocijo para la colonia. Los antiguos cómplices se reconocen

y se saludan. Se recuerdan mútuamente sus hazañas, hablan de los tiempos prósperos.

Mas esta vez habia otra razon, una razon especial para que el *Van-Diemen* fuese acogido a las mil maravillas. Este navio, en efecto, llevaba ademas de los condenados, un cargamento de mugeres que las primeras casas de Sidney y de Parramata habian encargado a sus corresponsales de Londres (1). Cada cual se apresuraba para ver a las recien llegadas, y los marineros se veían y ceceaban para impedir a los curiosos hiciesen irrupcion en el puente.

El desembarco no se operó sino al cabo de algunos dias, por ecsigir la costumbre no vaya el superintendente de los trabajos públicos a bordo hasta que los condenados han descansado de las fatigas del viage y recibido trages; entónces elige entre ellos a los que deben ser empleados por el gobierno. En cuanto los deportados saltaron a tierra, se formaron en batalla para la revista del gobernador.

El gobernador, gentleman estimable, que participaba completamente del pensamiento de sus amos, y habia contribuido lo que no es decible a hacer de Sydney un verdadero punto de recreo, dirigió mil felicitaciones al capitan; otros tantos cumplimientos al doctor, y una patética alocucion a sus nuevos administrados. Terminado este acto, acercáronse los industriales australienses é hicieron su eleccion, respondiendo por los condenados que a su servicio tomaban. Los que de estos no encontraron fianza fueron conducidos a la cárcel.

Los industriales de que acabamos de hablar, eran, por supuesto, presidarios admitidos a los derechos cívicos de

(1) Estos pedidos se hacen segun la fórmula siguiente:
—"Dignaos espedirnos al recibo de la presente, cincuenta mugeres de diferentes edades, en buen estado de inteligencia y de salud, cargando los gastos, &c."

la Nueva Gales del Sud, bien sea llegada la espiracion de su pena, bien por indulto del gobernador; tambien eran simples condenados, *legitimados* por un matrimonio contraido en la colonia.

¿Esa grande proteccion que se concede a matrimonios que se hacen, a Dios sabe cómo, y se rompen con la misma facilidad, no es un diagnóstico cierto y positivo del renacimiento de la edad de oro? Hé aquí por una parte un incorregible pillastron, por la otra una criatura que ha apurado todas las vergüenzas. Ambos arrastran la cadena: pero se casan, y este solo hecho les vuelve la libertad. El pillastron es mirado como un buen gentleman; la muger pasa al estado de lady respetable, y si el rack les deja tendidos maritalmente en medio de las calles de Sydney, les tienden con todo respeto los soldados del gobierno una mano propicia para levantarlos.

No habiendo encontrado Fergus y Randal fianza en Sydney, fueron ambos enviados a Paramatta.

La vida de los condenados en la Nueva Gales del Sud es feliz y uniforme, Randal y Fergus, colocados en casa del mismo amo, continuaron echando los fundamentos de su obra. Estando suficientemente meditado el plan a la vuelta de seis meses fué preciso comenzar a obrar, y Randal se casó.

Habia en Paramatta una hiladora llamada Maudlin Wolf, cuya vida era una verdadera novela. Creíase que su origen era frances; su acta de condenacion la designaba en efecto con el nombre de Magdalena Loup, conocida por la condesa Cantacuzena. En Londres, donde se habia establecido en su primera juventud, habia sido por espacio de muchos años una verdadera leona. Su hermosura no pudo ser muy grande, pero los dandies de cierta edad conservaban aún un agradable recuerdo de

las gracias infinitas de su persona, y sostenian que despues de la condesa no habia habido en Londres una aventurera mas perfecta en todos conceptos. Tenia bonito cuerpo, aunque era algo baja, y poseia, segun parece en un grado superlativo, la ciencia de inflamar los corazones mas frios, y de desatar los cordones de los bolsillos mas sólidamente cerrados.

Por espacio de algunos años deslumbró a Londres con su fausto, arruinando a muchos banqueros que se obstinaban en tirar por la ventana el dinero del prójimo. Luego, en medio de sus mayores triunfos fué implicada en el famoso proceso de los diamantes de la duquesa de Devonshire, y convicta de haberlos ocultado y arrojado en un ponton.

Pérdida grande fué esta para la *Familia*, pues Maudlin Wolf, ó la condesa Cantaconzena, era sin contradiccion la muger mas diestra del mundo; el resultado de los servicios que habia hecho vendiendo, cuando la ocasion se presentaba, la caja de sus opulentos protectores, no podria nunca calcularse.

No es fácil corregirse de una pereza contraida entre las muelles dulzuras de un lujo desenfrenado. Maudlin espió cruelmente su prosperidad pasada en la Nueva Gales del Sud. Por ligera, en efecto, que sea la tarea impuesta a un condenado, no podia ménos de ser demasiado pesada para los dedos delicados de la condesa Cantacuzena. Durante los primeros años de residencia en Sydney, gastó para sustraerse al trabajo todas las sutilezas de aquella diplomacia femenina que habia asegurado su imperio en Londres. Aun era entonces jóven y bonita, y sus gracias fascinaron a algunos antiguos presidarios que la cubrieron con su proteccion interesada.

Mas ya hacia mucho tiempo que Maudlin estaba en la

colonia. Las gracias de su pequeña persona, gracias preciosas, provocadoras, pero que necesitaban de la primera juventud para atraer los corazones, disminuyeron insensiblemente, desapareciendo por último. Maudlin condesa, hubiera dominado todavia por la escesiva sutileza de su ingenio; pero en Sidney no corria esta moneda.

Maudlin fué enviada a Paramatta. Primer destierro, primera caida.

Allí fué presiso trabajar. Maudlin quiso hacerlo, y despues se escapó: Dirigiósela a Georger River. Nueva insurreccion y nuevo destierro.

¡Windsor, nombre notable, cuya armonía real debe despertar mas de un recuerdo en el corazon de los criminales mas grandes! La pobre Maudlin debia descender mas de un grado todavia en la escala de la miseria. Windsor era en aquel tiempo el establecimiento mas lejano de Sydney, el mas triste y el ménos habitable; mas como Maudlin manifestase tambien allí su tendencia pronunciada a insurreccionarse, se le puso collar de hierro al cuello, metiéndola en las minas de Coal-River.

Cumplido el año de pena que se le impuso, volvió a reunirse con sus compañeros, muchos de los cuales no la reconocieron: su cara estaba llena de arrugas: su cuerpo se doblaba: era vieja.

No obstante, su corazon era todavía jóven; y su imaginacion acalorada, bulliciosa, activa al estremo, conservaba toda su viveza. Trabajó para no volver a las minas; pero alimentaba en sus adentros un profundo rencor contra sus perseguidores. Ingeniándose y usando de la astucia singular que constituia el fondo de su ingenio, consiguió suscitar al gobierno un sinnúmero de disgustos.

En la época en que Fergus y Randal llegaron a Sydney, Maudlin Wolf era un personage con quien habia

que contar. Estaba relacionada con todos los descontentos; habiase captado la confianza de los mas importantes miembros de la *Familia* deportados, y mantenia relaciones ocultas con esa parte indisciplinada de la colonia que estará continuamente en guerra con la autoridad.

Esto se sabia: afirmábase ademas que Maudlin sabia perfectamente donde estaba escondido Smith el Metodista, que habia tirado un pistoletazo al gobernador; pretendian algunos que habia pasado mas de una vez las barreras y tomado el camino de las Montañas Azules, para avisar al matador de bueyes salvages Waterfield, el cual arruinaba las carnicerías de la colonia degollando los rebaños enteros, y vendia la carne tan barata, que los obreros, hartos, no querian trabajar. Estos rumores llegaban a oidos del gobernador; pero no era fácil prender a Maudlin.

Randal Grahame se casó con esta misma Maudlin Wolf; primero para ser libre, y despues para ponerse en contacto por ella con Smiht Waterfield y algunos otros aventureros arrojados, cuyo concurso le era importante asegurarse.

DECIMA PARTE.

EL MARQUES DE RIO SANTO.

I.

EL REY LEAR Y LA REINA MAB.

Al rededor de una hoguera que esparcia sus llamas en medio de un raso formado entre la maleza de un bosque, se hallaban seis hombres reunidos. Este bosque estaba sembrado de algunos árboles desprovistos de toda verdura. La noche era lóbrega, y la vista al seguir la direccion que tomaba la espiral formada por el humo, solo percibia en medio de aquellas tinieblas altos y gruesos troncos enrojecidos por la llama y coronados de algunas hojas marchitas.

Sobre dos estacas clavadas en la tierra se hallaba sostenido un enorme pedazo de kanguroo, el cual: medio asado, esparcia por todas partes los agradables perfumes de su sabrosa fragancia.

Veíase vagamente en la sombra, cuando el viento animaba la llama, el abrumado perfil de una choza, en cuyas